

FERNANDO GONZÁLEZ OLLÉ: *Continuidad histórica ininterrumpida de la forma -ra indicativo. Tradiciones discursivas y sintaxis*. Pamplona, EUNSA, 2012. ISBN: 978-84-313-2873-3.

El profesor Fernando González Ollé actualiza, en este libro, una cuestión ya tratada por la Gramática histórica, la evolución del pluscuamperfecto latino de indicativo, para ofrecer una nueva interpretación. Organizada en ocho capítulos, más la relación de fuentes empleadas para el estudio y la bibliografía, esta monografía revisa las consideraciones hechas hasta el momento, los argumentos y los datos sobre los que se sostienen, y se propone mostrar, como anuncia el título, «la continuidad histórica ininterrumpida, desde el español primitivo hasta el actual, de la forma *-ra*» indicativo.

En el capítulo 1, «La constitución sintáctica de la forma *-ra* indicativo», se presenta la evolución de esta forma como la más compleja del sistema verbal español, por ser la única en la que se verifica el cambio del modo indicativo al subjuntivo. González Ollé se refiere a la convicción, mayoritariamente aceptada, de que, además de una transición gradual desde el pluscuamperfecto de indicativo hasta el imperfecto de subjuntivo, se produjo una pérdida de la función etimológica, y una recuperación posterior del uso como tiempo de pasado. El autor revisa críticamente las consideraciones de Wright, Molho y Luquet respecto de la desaparición del significado etimológico; recuerda las formulaciones de Cano, Veiga y Girón —que ya apuntan que el valor de indicativo no llegó a perderse— sobre la adquisición del valor subjuntivo —la «subjuntivización»—; y rescata las aportaciones de Ridruejo y Cabeza sobre los usos temporales y modales de esta forma. Por último, las anotaciones y explicaciones que ofrecen los gramáticos de los siglos XVI y XVII respecto de *amara*, al que coinciden en atribuir valor pretérito o más que pretérito (frente a *amasse*, que señalan como presente), y las actuales de Alarcos y la NGLÉ, concluyen esta primera parte, y sirven al autor para iniciar la demostración de la anunciada continuidad histórica.

El capítulo 2 contiene una extensa aportación documental, una nutrida relación de testimonios, datados entre 1508 y 1853 y organizados cronológicamente, en los que *-ra* se emplea como pasado de indicativo. Cabe destacar la generosa nómina de autores —procedentes, además, de diversas áreas geográficas— que González Ollé ha escogido para garantizar la representación del hecho que quiere mostrar (de Montesino a Pirala, pasando por Carlos V, Luis de León, Herrera, Teresa de Jesús, López Pinciano, Alemán, Lope de Vega, Gracián, Jovellanos, Cadalso, Meléndez Valdés, el Duque de Rivas, Larra o Zorrilla, entre otros), y, especialmente, la heterogeneidad textual (prosa y verso; crónicas, cancioneros, cartas, teatro, discursos, traducciones; textos líricos, históricos, narrativos, descriptivos, didácticos, religiosos o filosóficos, y documentos jurídicos y administrativos). Es esta diversidad (señala el propio autor más adelante), la que le ha permitido observar lo que otros estudiosos, atentos solo a obras literarias capitales, no habían conseguido apreciar.

El capítulo 3, el de mayor peso argumental, que recorre la «Historia textual de la forma *-ra* indicativo», anticipa la conclusión que sigue, necesariamente, a la relación de testimonios expuesta: la forma *-ra* conservó su valor originario sin interrupción. No solo se mantiene entre la Edad Media y el siglo XIX, sino que, a partir de esta centuria, se incrementan los casos, si bien su extensión encuentra algunas limitaciones diafásicas y algunas restricciones sintácticas. El pluscuamperfecto de indicativo contó, por tanto, con dos alomorfos, la forma perifrástica *había + participio* y la etimológica en *-ra* (que también concurre con otros pasados), aunque esta última decae en el siglo XV y resurge en el tránsito del XVIII al XIX. González Ollé reconoce la ambigüedad de algunos de los testimonios que aporta, ambigüedad que invita a que los lectores revisen y que considera, en algunos casos, «sincretismo con neutralización temporal y modal».

Así pues, no cabe hablar de desaparición y reaparición. Respecto de la supuesta pérdida del significado etimológico temporal de *-ra*, se detiene González Ollé en reflexionar sobre algunas causas anteriormente planteadas para presentar nuevos argumentos. La excepcionalidad de una forma verbal simple aspectualmente perfectiva en el sistema verbal (excepcionalidad que comparte con el indefinido) no provocó su pérdida, aunque sí su decaimiento. La gramaticalización de la forma verbal compuesta trae consigo el arrinconamiento de la simple, que, en cambio, se conserva como exclusiva en portugués y gallego y concurre con aquella en el área occidental del castellano; la suerte de la forma simple *cantara* describe, pues, un «*continuum* geolectal» (aplicable también a las formas *he cantado* y *cantê*). Considerando, comparativamente, los datos obtenidos según la procedencia geográfica de los autores, los originarios de Aragón resultan ser los que más utilizan la forma *-ra* como pasado de indicativo.

Pese a quedar descartada la reaparición, también se revisa en estas páginas. La recuperación del valor de pasado por una supuesta influencia de lo medieval en el Romanticismo (a la que fueron ajenos algunos escritores de este tiempo) parece una causa de poco peso como para provocar tan rápida generalización de *-ra* con valor de pasado. Rechazada como única explicación, González Ollé inicia un análisis pormenorizado de las fuentes utilizadas para su estudio, y se detiene en examinar la presencia de *-ra* indicativo en tradiciones discursivas, géneros y autores.

Entre los textos literarios, son los romances, en todas sus versiones y en todas las épocas, los que más testimonios ofrecen del valor etimológico; con ellos, el uso de *-ra* como pasado alcanzó a todos los estratos sociales. En el Siglo de Oro, es habitual la inclusión de romances en novelas y comedias. Más tarde, Meléndez Valdés, restaurador de este género literario, se sirve del pluscuamperfecto latino en su obra poética, pero también en la oratoria (su formación jurídica, su inclinación por lo arcaico o su origen geográfico explican un empleo tan profuso en este autor); así, junto al Duque de Rivas, igualmente inmerso en la tradición romancística, garantiza la continuidad de *-ra* en el tránsito entre el Neoclasicismo y el Romanticismo. Larra, que utiliza, asimismo, estas piezas poéticas, se suma al grupo de transmisores de *-ra*. Como los romances, los libros de caballerías, en cuya «prosa alambicada» abunda la presencia de *-ra* indicativo, llegaron a todas las clases sociales. Y los textos históricos y los documentos jurídicos, en su amplia variedad, ofrecen muestras abundantes del pluscuamperfecto simple. El caso de Jovellanos merece especial atención. Según lo expuesto, ya no es posible considerarlo como recuperador del uso etimológico de esta forma verbal; el empleo generoso de *-ra* indicativo, en su caso, se debe a una voluntad estilística o a un comportamiento idiomático que le lleva a escoger un rasgo característico de su región.

La falta de testimonios motiva también la reflexión del autor de estas páginas. La escasa aparición de *-ra* con valor de pasado en el teatro le lleva a señalar su nula presencia en la lengua oral común. En las obras didácticas, la ausencia se atribuye a la finalidad de los textos, que buscan esencialmente la claridad.

Así pues, ciertas tradiciones o géneros discursivos (romances, novelas de caballerías, prosa histórica, textos legales), y determinados autores favorecen la permanencia de un rasgo idiomático; en este caso, garantizan la continuidad del pluscuamperfecto latino, que convive, siempre en minoría, con el pluscuamperfecto compuesto.

El capítulo 4, «Censuras», se refiere a la atención que ha recibido el uso de *-ra* como tiempo de pasado por parte de gramáticos y preceptistas, que

no siempre reprueban su uso. Nebrija la describe como antepasado de subjuntivo en su *Gramática*, al igual que Correas. Las apreciaciones de Valdés responden, apunta González Ollé, a la manifestación de una preferencia o un consejo más que a una actitud de condena. En cambio, la primera edición de la *Gramática* académica (1771) reprueba el uso del pluscuamperfecto simple, que considera arcaico, precisamente cuando, como ha quedado descrito, comienza su reviviscencia. La censura desaparece o se suaviza en ediciones posteriores, hasta que, en 1931, se muestra de nuevo rotunda. Por fin, el *Esbozo* se inclina más a la descripción del proceso histórico, no siempre atinada —advierte el autor— que a la condena.

Salvá, Bello, Martínez de Villergas y Cuervo coinciden en rechazar el uso de *-ra* como pasado. En una actitud indicativa de la difusión que, en su tiempo, había alcanzado esta forma verbal, Salvá califica de arriesgado su empleo como pluscuamperfecto, y le parece vicioso en lugar de otros pasados. Bello rechaza los dos usos, y Cuervo, el más severo (pero informativo respecto de su extensión en América), describe el segundo como «defecto que deslucen el lenguaje». En el siglo xx, Alonso y Henríquez Ureña, y sobre todo Mallo, continúan esta tendencia reprobatoria.

En el siglo xx (capítulo 5) desciende la severidad entre los gramáticos, al tiempo que continúa, hasta el siglo actual, la extensión del pluscuamperfecto etimológico. El cambio de actitud se observa en Lenz, y antes en Cejador, para quien no es solo aceptable, sino incluso loable. Los estudiosos de la historia de la forma verbal en *-ra*, sea o no adecuado su modo de proceder, muestran su presencia en autores de prestigio desde el siglo xix, autores que, con seguridad, contribuyeron notablemente a la difusión de su empleo con valor de pasado. Si, para Amado Alonso, el empleo del pluscuamperfecto latino constituye un arcaísmo en auge y se debe a voluntad ornamental, González Ollé aporta testimonios de Miró, Galdós y Uslar Pietri, e incluso de un discurso de Alcalá-Zamora, en los que no se observa voluntad de artificio.

La conveniencia de estudiar la situación de *-ra* en la actualidad (también de *-se*, como indica páginas más adelante), que González Ollé descarta emprender, le lleva a ofrecer valiosísimos datos y observaciones respecto de su presencia en la lengua periodística, en la novela, en el habla coloquial e incluso en discursos de académicos de la RAE, a los que añade también consideraciones de algunos preceptistas.

El capítulo 6, «Los marcos sintácticos», revisa las estructuras en las que participa la forma verbal *-ra*. Aunque no conoce restricciones, se presenta con más frecuencia, y esto es válido para todo su recorrido histórico, en oraciones de relativo. La clasificación de ocurrencias que ofrece el autor según los tipos oracionales permite observar su presencia (y frecuencia) en

diversos marcos sintácticos; resuelve el problema de la supuesta neutralización de indicativo y subjuntivo en contextos no modales, y disuelve las limitaciones sintácticas que la NGLÉ señala para *-ra* indicativo.

No falta un «Excurso sobre la forma *-se*» (capítulo 7). Es el momento de recordar que el pluscuamperfecto latino adquirió funciones propias del imperfecto de subjuntivo, esto es, *-ra* llegó a confluír con *-se*. Alcanzada la posibilidad de alternar como subjuntivos, la forma *-se* asume también el valor de pasado de indicativo, censurado en la actualidad. Anota el autor que esta posibilidad es muy anterior a lo que se ha señalado. Salvá la condena ya en 1835. Sin pretender una búsqueda de *-se* con valor pasado (tarea pendiente, por tanto, para la investigación diacrónica), González Ollé ha podido hallar testimonios, que también ofrece en estas páginas, en 1678, 1685 y 1834 (y algunos más anteriores a los que aportan otros estudiosos).

Cumplido el propósito de mostrar y explicar la continuidad histórica de *-ra* indicativo, el capítulo 8 agrupa las reflexiones, propuestas y sugerencias vertidas, y concluye con la presentación de «Una nueva alomorfía»: el pluscuamperfecto de indicativo se expresa, en español actual, tanto con la forma compuesta *había amado* como con la simple y etimológica *amara*, a las que, tal vez, se llegue a incorporar *amase*.

En ningún caso sorprenden la claridad expositiva, el rigor argumentativo y la abundancia de datos en una obra de González Ollé. Son, sencillamente, constantes en su quehacer, aunque no por habituales han de quedar sin mención. Me permito añadir, tras la lectura de este libro, su habilidad para recuperar cuestiones aparentemente resueltas, y para presentar, entre líneas o abiertamente, caminos por los que continuar la investigación filológica.

Carmela PÉREZ-SALAZAR  
*Universidad de Navarra*